

Escuela de Relaciones
Internacionales
Universidad Nacional
Heredia, Costa Rica



PETRÓLEO, MILITARIZACIÓN Y GUERRA

Eduardo E. Saxe Fernández

553.28
S272p

Nº 25

DOCUMENTOS DE ESTUDIO

Nueva Época
2004

553.28
S 272P

PETRÓLEO, MILITARIZACIÓN Y GUERRA

Eduardo E. Saxe Fernández



DOCUMENTOS DE ESTUDIO (Nueva Época) N° 25
ESCUELA DE RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
HEREDIA, COSTA RICA
2004



PETRÓLEO, MILITARIZACIÓN Y GUERRA

Eduardo E. Saxe Fernández

Documentos de Estudio (Nueva Época) N° 25

Primera edición, Heredia, 2004

Tiraje de 250 ejemplares

Escuela de Relaciones Internacionales

Universidad Nacional

Apartado 437-3000 Heredia, Costa Rica

Tels. (506) 237-1706 277-3497

Fax (506) 261-6129



CONTENIDO

Petróleo, militarización y guerra

I.	La importancia estratégica del petróleo	5
II.	El petróleo antes de la II Guerra Mundial.....	10
III.	Política petrolera después de la Segunda Guerra Mundial	15
IV.	Las guerras de Israel, el surgimiento de la OPEP y la crisis del régimen petrolero	22
V.	La Doctrina Carter y la política Bush I-Reagan	29
VI.	Petróleo y estrategia de Clinton a Bush II	43
VII.	Conclusiones.....	57
	Bibliografía	60

PETRÓLEO, MILITARIZACIÓN Y GUERRA

Eduardo E. Saxe Fernández¹

I. La importancia estratégica del petróleo

Las economías industrializadas y en particular la de EE.UU., dependen del suministro externo de una serie de materias primas, entre las que encontramos: petróleo, cromo, cobalto, oro, manganeso, níquel, platino, plata, estaño y tungsteno. Zaire, África del Sur, Canadá y Malasia generan, respectivamente, más del 40 por ciento de la producción mundial de cobalto, oro, níquel y estaño. México, Venezuela, Brasil, Bolivia, Perú y Colombia y otros países latinoamericanos también han sido grandes proveedores tradicionales de minerales y otras materias primas estratégicas. Sin embargo, el mercado petrolero es con mucho el mayor de todos.

La dependencia de EE.UU., los otros países de la OCDE, y el resto del mundo, de este recurso, como combustible y como materia prima industrial, no ha disminuido, pese a sus impactos negativos (por ejemplo las guerras en los países llamados "productores de crudos", o el continuado y creciente deterioro atmosférico mundial) y, sobre todo, pese a la cercanía de su agotamiento.

¹ Catedrático investigador de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA). Coordina el proyecto de investigación "Militarización de la crisis mundial", del que este ensayo es parte.

El régimen petrolero constituye una de las dimensiones internacionales más importantes y a la vez más asimétricas. Es el resultado de la política expoliadora e imperialista adoptada por los actores metropolitanos (EE.UU., UE y Japón), durante toda la historia de este “régimen internacional”. Consecuentemente, hay una imbricación estructural y creciente, del aparato militar de EE.UU. y las otras potencias metropolitanas, pero también de todos los países que *dependen de* economías organizadas alrededor de la producción, transporte, procesamiento y negociación del petróleo. Las asimetrías son tan acusadas, porque las formas y dinámicas institucionales se fundamentan en un oligopolio empresarial metropolitano y, sobre todo, en el apoyo de las fuerzas armadas de EE.UU. e Inglaterra, en primer término.

La energía es un componente imprescindible de la vida y también de las civilizaciones o edades: los tipos de energías empleados son importantes condicionantes de los sistemas económicos, técnicos y tecnológicos de cada momento en la historia humana, desde los tiempos de la primera utilización del fuego. Nosotros, hoy, disponemos de conocimientos que han demostrado su validez en aplicaciones exitosas, de fuentes energéticas alternativas, incluyendo no solamente el ya cada vez más popular hidrógeno, sino energías hidráulica, solar, eólica, de fermentación y, para el futuro, especialmente la energía fotosintética. La fractura o “dilema” tecnológico de principios del siglo XXI muestra, por una parte la tendencia a seguir incrementando la productividad del trabajo con el empleo de nuevas tecnologías (informática, nanotecnologías, nuevos materiales, biotecnologías, tecnologías para el control psicosocial, etc.). El cambio tecnológico bajo el control empresarial, le viene permitiendo reducir la parte de la riqueza asignada al trabajo. Esto, sin embargo, conduce a crisis de sobreproducción por las tasas elevadísimas de población

excluida mercantilmente. Por la otra parte, esa economía continúa fundándose energéticamente en un recurso, el petróleo, que se agotará cada vez más rápidamente a partir de los próximos cinco años, y que es económica y políticamente inviable por su asimétrica y “explosiva” estructura político-institucional, tanto como por sus consecuencias ecosociales. Hay una tensión creciente entre uno y otro extremos del dilema, tornándolo irresoluble con el simple empleo de nuevas tecnologías que mejoren el procesamiento y la utilización del petróleo, o en general todo el proceso productivo. Más bien, las llamadas nuevas tecnologías, como la información, son completamente compatibles con sistemas energéticos alternativos; de hecho, esas nuevas tecnologías ya han logrado aumentar la capacidad productiva de sistemas alternativos, así como reducir sus costos, limitaciones y dificultades de operación.

Este dilema tecnológico se agrava, entonces, por la utilización del petróleo como fuente energética fundamental para el transporte, y muy importante para otras necesidades energéticas. Además, grandes sectores de la industria química son similarmente dependientes del petróleo.

El “régimen internacional” petrolero está compuesto, a principios del siglo XXI, por cuatro actores:

- 1) *Países productores*. Los podemos subdividir en dos grupos, según dispongan o no de la integración horizontal y vertical en la industria correspondiente. Los que no la tienen, son básicamente exportadores de materia prima no procesada (un régimen decimonónico), es decir, petróleo crudo. En términos de grandes productores, entre los industrializados hay que incluir a EE.UU. y a Noruega. Los otros grandes exportadores, en

su mayoría tienden a vender el producto sin procesar. Entre estos incluimos hoy también a Rusia y países sucesores de la URSS, así como los del Medio Oriente, con Arabia Saudita e Irak detentando la porción más importante de las reservas mundiales. Pero también en esa región encontramos a Irán, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Yemen, además de los estados del Asia Central previamente componentes de la URSS. El petróleo del Golfo Pérsico es el que menos costos de producción tiene. En América, aparte de EE.UU., México, Venezuela, Canadá, Brasil, Argentina, Colombia, Ecuador, y Trinidad y Tobago, son importantes productores de petróleo, a los que se agrega Bolivia como gran productor de gas natural. En África, Nigeria, Angola, Sudán y Guinea Ecuatorial son los principales exportadores; Indonesia en Asia. Algunos de estos países, sobre todo los árabes, rompieron con el régimen militarizado del petróleo que mantenían sobre ellos las potencias imperialistas durante las primeras seis o siete décadas del siglo XX, y constituyeron un cartel de productores, la *Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP)*, que representa una porción importante de la producción mundial del petróleo no procesado.

2) El procesamiento ha estado y sigue estando en manos de unas pocas gigantescas *empresas transnacionales metropolitanas*, asociadas oligopólicamente (son las "Siete Hermanas"), que extraen o compran petróleo crudo, lo procesan (en la multitud de subproductos que significa la industria química asociada, por ejemplo), y que

también lo comercializan. Es un oligopolio hoy día más fuerte que el cartel de la OPEP, por su control de todo el proceso productivo —a partir de la I&D—, y también por el apoyo que recibe, político y militar, de “sus” gobiernos, los más poderosos del mundo.

- 3) De ahí la centralidad del petróleo en el pensamiento y las estrategias político-militares internacionales, no solamente de las grandes potencias sino también de los otros estados que también dependan energéticamente del petróleo; hoy día prácticamente todos. La importancia estratégica del petróleo ha venido aumentando, porque sigue creciendo el consumo del producto y, paralelamente, disminuyen las reservas mundiales del mismo. Se trata de los *países consumidores*.
- 4) *En cuarto lugar encontramos a los agentes de bolsa (traders)*, que “negocian” (especulan) con el producto, habiendo llegado a representar, recientemente, hasta un 25 por ciento del precio final del crudo. Estos actores son hoy (otra vez) más importantes, por el renovado predominio del capital financiero especulativo en la economía capitalista mundial, a partir sobre todo del colapso del régimen de Bretton Woods. Estos intermediarios financieros, actuando conjuntamente con los gobiernos y las empresas transnacionales metropolitanas, durante las décadas de 1990 y 2000, en algunas oportunidades han logrado manipular los precios, sin que la OPEP hubiese podido contrarrestar sus acciones.

Aunque la transición a un régimen energético distinto es urgente, los poderes establecidos se resisten ferozmente al cambio. Los crecientes niveles de violencia y militarización que esto implica, tanto para mantener al régimen energético como a su “expresión” en el conjunto de la economía, la sociedad y la ecología mundiales, son un factor central, precipitante de los colapsos generales (ecosociales) que observamos a principios del siglo XXI.

II. El petróleo antes de la II Guerra Mundial

La carrera industrial que lideró originalmente Inglaterra y que luego fue seguida por las otras potencias europeas, por EE.UU. y por Japón, se basaba energéticamente en el motor de vapor de agua, empleando como fuentes de energía la madera y sobre todo el carbón mineral. En Europa, no es sino hasta después de la II Guerra Mundial que la economía, incluyendo el transporte, abandona el carbón y pasa a depender fuertemente del petróleo. En EE.UU. ese proceso se dio antes, con la automovilización acelerada del transporte, que data al menos de los días de Henry Ford, así como por el empleo del petróleo en la producción de electricidad y particularmente en la industria química, en la que EE.UU., junto con Alemania, tenía el liderazgo mundial desde finales del siglo XIX. Aparte de ser el primer productor mundial de petróleo durante la primera mitad del siglo XX, EE.UU. también “disponía” del petróleo latinoamericano, sobre todo de México y Venezuela. Esto le otorgaba una ventaja estratégica a EE.UU. en su proceso de industrialización y en su aventura por el dominio del hemisferio americano primero, y posteriormente de otros continentes, a partir de la II Guerra Mundial y hasta su primera gran crisis hegemónica en la década de 1970 (que justamente coincidió con el “primer choque petrolero”).

Conforme se desplegaba el siglo XX, el petróleo fue adquiriendo cada vez mayor importancia estratégica para las grandes potencias. Durante la Guerra Fría, tanto EE.UU. como la antigua URSS reclamaban ser el lugar donde se explotó el primer pozo de petróleo (Odell, 1993:50).

La forma en que EE.UU. históricamente ha actuado para controlar y utilizar el petróleo mexicano (incluyendo el de Texas y otros territorios tomados a México mediante la guerra) primero, posteriormente el venezolano y luego el de la región latinoamericana en su conjunto, anticipó y prefiguró las políticas y tendencias que emplearía EE.UU. en otras regiones para garantizarse su control.

Pero ya a principios del siglo XX, la mayor potencia de la época, Inglaterra, por supuesto también mostraba gran interés por el petróleo ubicado fuera de sus fronteras, particularmente en el Oriente Medio. En 1913 se fundó la Anglo-Persian Oil Company (Compañía Petrolera Anglo Persa), para extraer petróleo en lo que hoy es Irán. Inglaterra, Francia y EE.UU. compitieron para asegurarse concesiones petroleras hasta 1935 en el Medio Oriente, pese a las reglas de la "Línea Roja" y al Acuerdo de Achnacarry (1928), diseñados para impedir esa competencia. Sin embargo, las Siete Hermanas empresariales desarrollaron un pacto oligopólico, como veremos enseguida.

Durante esa década de 1930, las grandes potencias se repartieron el petróleo del Medio Oriente. Inglaterra mantuvo una posición dominante en esa zona hasta el final de la II Guerra Mundial, después de la cual EE.UU. asumió el mayor papel, aunque contenido y combatido por diferentes movimientos nacionalistas, socialistas y religiosos de la región.

Desde los acuerdos previos a la II Guerra Mundial y hasta 1960, las Siete Hermanas controlaron la producción, refinamiento y distribución internacional del petróleo. Se

trató originalmente de: Standard Oil de New Jersey, Royal Dutch-Shell, British Petroleum (descendiente de la Anglo-Persian Oil), Gulf, Texas Oil, Standard Oil de California, y Socony-Mobil Oil. La Standard Oil fue desmembrada en varias compañías: Exxon, Mobil y Chevron. El grupo oligopólico mantenía un “ethos anti competitivo”, argumentando que la competencia resultaría destructiva para el sistema petrolero. (Turner, 1978:30). Es decir, las compañías petroleras lograron imponer, para su beneficio, un precio mundial independiente de los costos de producción. Esto les permitió grandes ganancias, con las que financiaron la investigación científica y el desarrollo tecnológico, nuevas exploraciones y explotaciones, así como eliminar competidores en energías tradicionales (sobre todo el carbón). Pero, además, han hecho todo lo posible para inhibir el desarrollo y empleo masivo de otras fuentes energéticas menos contaminantes y más eficientes social y ecológicamente. La fortaleza del oligopolio estaba fundada en los apoyos estratégico-militares que brindaban sus respectivos gobiernos nacionales.

La vinculación entre petróleo y guerra fue enunciada, macabra y oficialmente, por el presidente francés George Clemenceau, en una carta dirigida a su colega de EE.UU., Woodrow Wilson, durante la I Guerra Mundial: “Una gota de petróleo vale una gota de sangre”. Esta vinculación sigue siendo fundamental hoy en la política internacional de EE.UU. y constituye el nudo articulador de la problemática energética: el régimen petrolero cuasi excluyente, dominado oligopólico (empresas) e imperialistamente (gobiernos metropolitanos), está entrelazado estructuralmente con los correspondientes aparatos militares. La “defensa” y “promoción” del régimen petrolero internacional está en los dispositivos militares metropolitanos. La rigidez y exclusividad de este régimen se explican como resultado de una tal imbricación. También se deduce que la transición a otro régimen energético es y

será resistida por quienes controlen el petróleo. Es decir, el oligopolio petrolero y los aparatos militares de EE.UU. e Inglaterra (sobre todo), muestran una tendencia a mantener el status quo del "sistema energético militar petrolero", mediante mecanismos castrenses que tienden a desestabilizar permanentemente ese status quo.

Política y simbólicamente, guerra y petróleo continúan imbricados. Por ejemplo, lo/as opositore/as andaluces a la guerra contra Irak, en el 2002, publicaban un afiche en el que aparecía un barril de petróleo negro destacado contra un fondo rojo, y se leía: *Un barril de petróleo no vale una vida humana.*

Después de las agresiones de finales de la década de 1840, que significaron para México la pérdida de más de 2 millones de Km² y la "toma" de otros 140.000 Km² mexicanos en 1853, EE.UU. utilizó una política de penetración económica, que a finales del siglo XIX implicaba el control de ferrocarriles, industrias, bancos, empresas agroindustriales y otros latifundios, y la producción de petróleo. Las empresas de EE.UU. dominaban hacia 1911 el 76% de las exportaciones mexicanas. Después de la salida, en noviembre de 1914, de las tropas de ocupación de EE.UU., el gobierno azteca emitió un decreto que prohibía a los extranjeros la prospección de yacimientos petroleros y la perforación de pozos, si no contaban con permisos especiales. Todas las riquezas del subsuelo mexicano, así como bosques, tierras y aguas, fueron proclamadas propiedad de la nación. EE.UU. concentró unos 100.000 soldados a lo largo de la frontera con su vecino del Sur, y empresas de EE.UU. en México organizaron bandas militares para defender sus propiedades y para llevar a cabo atentados y complots. En marzo de 1916, las tropas de EE.UU. al mando de Pershing incursionaron unos mil kilómetros en el territorio mexicano, pero tuvieron que retirarse. Hacia 1921, México ya era el segundo productor de petróleo del mundo (después de EE.UU.).

Philander Cox, ministro de exteriores del presidente Taft, articuló la relación petróleo-guerra, en la política exterior de EE.UU. Planteaba, para México, una política petrolera *muy similar* a la que a principios del siglo XXI quiere emplear EE.UU. en todo el sistema internacional, respecto del control del petróleo, basada en la amenaza inminente de guerra, o en el empleo directo de la fuerza militar. Cox señalaba que, para proteger los intereses de “sus” compañías de petróleo, EE.UU. había desplegado una flota naval de guerra a lo largo de la costa mexicana en el Golfo de México, esperando así lograr mantener a los nacionalistas revolucionarios, “...en un saludable equilibrio, entre un peligroso recelo temeroso y exagerado y un conveniente nivel de saludable miedo integral.” (Citado en Engler, 1961:194, y Barnett, 1976:201)². Es decir, la disposición, actitud y acción de la máquina político-militar de EE.UU., se dirigían a provocar la *exageración* del temor y un miedo *integral* en el país productor de petróleo. EE.UU. operó (y opera) mediante políticas de intimidación y prepotencia, siendo su primera arma y línea de defensa, que “el enemigo tenga miedo de nuestra “exagerada” presencia-poder”. Cualquier país que impida a EE.UU. abastecerse del petróleo que exista en su territorio, es entonces considerado “enemigo”. Incluso cuando permite ese abastecimiento, lo hace por la intimidación o el uso de la fuerza que emplea EE.UU. Violencia, sangre y petróleo van entonces de la mano, en una arquitectura internacional dantesca.

Sin embargo, de todas formas, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, México logró nacionalizar el petróleo el 18 de octubre de 1938, y las compañías petroleras de EE.UU. inmediatamente excluyeron la producción azteca de los mercados mundiales durante un tiempo, a la vez que se dedicaron a explorar y extraer el petróleo de Venezuela, que para

² “...in a salutary equilibrium, between a dangerous and exaggerated apprehension and a proper degree of wholesome fear”.

1946 se había convertido en el segundo productor mundial, siempre detrás de EE.UU. La situación de crisis económica en todo el sistema capitalista mundial, y la inminencia de guerras en Eurasia, obligaron a F. D. Roosevelt a emplear una política de “buen vecino” con América Latina, que soslayó la invasión a México.

III. Política petrolera después de la Segunda Guerra Mundial

Después de la II Guerra Mundial, la política internacional de EE.UU., incluyendo su aparato militar, directamente buscó colaborar con los esfuerzos de las compañías petroleras para apoderarse del petróleo medio oriental. El petróleo pasó a constituir un elemento clave de la postura internacional de ese país, que abandonaba su “aislacionismo” dentro del hemisferio americano y con una proyección al Pacífico, y buscaba abiertamente la hegemonía en Eurasia occidental. Pues la hegemonía de EE.UU. —incluso con la existencia de un rival estratégico en la URSS—, después de la guerra se cimentaba en tres aspectos:

- a) Disponer de más de la mitad de la capacidad de producción industrial moderna del mundo y del control de los regímenes internacionales de comercio y finanzas;
- b) Disponer de unas fuerzas armadas desplegadas en todo el planeta, excepto los territorios de la URSS y aliados y de la R.P. China y aliados —particularmente, controlando junto con Inglaterra el océano mundial—; todo ello;
- c) Centrado en la utilización de hidrocarburos baratos como fuente energética principal, en manos de un oligopolio privado.

Por su parte, la ausencia de recursos petroleros propios impulsó a las potencias europeas, Inglaterra, Francia y Holanda en primer lugar, a garantizarse el aprovisionamiento externo, siendo el Oriente Medio y el Norte de África los principales focos de atención.

Respecto de Alemania, durante su segundo fallido intento por hacerse con un estatuto de hegemon europeo y eventualmente mundial (1939-1945), la preocupación por la dependencia estratégica, los exitosos esfuerzos por apoderarse del petróleo rumano y posteriormente las fallidas operaciones militares para apoderarse de los petróleos soviéticos caucásicos, signaron la dirección de la guerra por parte del estado mayor nazi (J. Saxe-Fernández, 1980). La dependencia estratégica y la política internacional alemanas, incluyendo la guerra contra la URSS y la conquista del petróleo caucásico, anticipan las de EE.UU. frente a su creciente dependencia estratégica del petróleo importado, especialmente a partir de la década de 1970.

El control de todos los recursos petroleros del hemisferio americano se había tornado entonces crucial para que EE.UU. intentase sobrevivir una hipotética parálisis de la producción medio oriental, que podría resultar de tres motivos principales:

- a) El desarrollo y la autonomía de los estados de la región,
- b) La expansión de potencias hostiles (URSS) o competidoras (Inglaterra, Francia), y
- c) El apoyo incondicional a Israel.

Todas estas posibilidades podrían redundar en guerras por el control del recurso en el Medio Oriente.

La recuperación europea después de la II Guerra Mundial significó un creciente consumo de energía. En particular,

iba aumentando año con año el porcentaje del petróleo en su facturación energética, en detrimento del tradicional carbón. A esta tendencia se agregaban Japón y otros países netamente importadores de hidrocarburos. En 1948, EE.UU. importó sus primeros barriles de petróleo del Medio Oriente.

Con el fin de la II Guerra Mundial en 1945, EE.UU. adquiere un rango de primera potencia mundial, y ejerce una hegemonía “en auge” hasta la década de 1970. Al mismo tiempo, pasa a depender cada vez más de los mercados y sobre todo de los suministros externos de recursos estratégicos:

“La autosuficiencia que caracterizaba a Estados Unidos en el terreno de las materias primas básicas desapareció después de la Segunda Guerra Mundial. Las materias primas nacionales no bastaron para sostener el enorme auge de la producción industrial promovido por la necesidad de abastecer los ejércitos aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos empezó a importar petróleo, mineral de hierro, bauxita, cobre, manganeso y níquel. Los suministros de petróleo se garantizaron imponiendo el dominio estadounidense en diversas regiones de América Latina, Oriente Próximo y Nigeria; el mineral de hierro se obtenía en otras zonas de América Latina y en África Occidental, y otros minerales procedían de Canadá, Australia y Suráfrica. Los vínculos de la política y la economía se estrecharon. La necesidad de conseguir materias primas provocó toda una serie de intervenciones políticas. Los golpes de Estado, las guerras regionales, el establecimiento de bases militares estadounidenses, el tenaz respaldo prestado a la oligarquía venezolana, a los generales de Brasil y Chile, y al clan al-Saud de Arabia Saudí, eran los medios más sencillos de combatir al enemigo comunista y de proteger la economía de Estados Unidos”. (Alí, 2002:347).

Especialmente a partir de la II Guerra Mundial, entonces, el petróleo juega un papel central en la economía de EE.UU. y del mundo, y este país ha articulado el control internacional del recurso mediante dispositivos fundamentalmente militares. Es decir, *el petróleo y el aparato militar de EE.UU. han mantenido una estrecha colaboración, y han llegado a imbricarse de forma inextricable, en la medida en que, tanto para dueños y gerentes de las empresas petroleras, como para el aparato político-militar, el petróleo es la primera prioridad* (privada en el primer caso, pública en el segundo, y corporativa en ambos: se trataría de “los primeros intereses nacionales”).

Así, por ejemplo, un memorando del ministerio de exteriores de EE.UU., “Petroleum in International Relations”, de 1945, señalaba claramente:

“Otra gran categoría de problemas se refiere al apoyo dado por el Departamento (de Estado; ESF) a nombre del gobierno de los Estados Unidos, a ciudadanos nacionales americanos que buscan obtener o retener derechos para dedicarse, en el extranjero, al desarrollo del petróleo, de su transporte o su procesamiento industrial. Esta es la función tradicional del Departamento, en relación con el petróleo... Conforme retornan las condiciones de normalidad (después de la II Guerra Mundial; ESF), esta función llegará a adquirir gran importancia. Recientemente, derechos de concesión para exploraciones han sido obtenidos por compañías americanas, contando con la ayuda del Departamento de Estado, en Etiopía y Paraguay. En Irán las negociaciones, que aparentemente estaban a punto de culminar el pasado otoño, por razones políticas han sido suspendidas temporalmente. En China existen grandes posibilidades para el período de posguerra. Áreas grandes y potencialmente productivas de Colombia, todavía no han sido concesionadas a empresas privadas; y en Brasil, donde pueden haber grandes potencialidades para la producción petrolera, aún

no se han otorgado concesiones. Tanto en Colombia como en Brasil existen buenas probabilidades para que se emita una legislación básica que permitiría obtener concesiones por parte de la empresa privada, sobre bases recíprocamente satisfactorias. Estos casos implican áreas en las que aún hay que buscar derechos de concesión. Existen otras situaciones críticas, en las que las concesiones están amenazadas y en las que se requiere la atención vigilante del Departamento. Más aún, hay otras áreas en las que, después de la guerra, existe una verdadera posibilidad de conseguir una mejora en las condiciones discriminatorias desfavorables bajo las que nacionales americanos obtuvieron concesiones antes de la guerra". (Citado en Barnett, 1976:202)³.

Sin embargo, como apuntamos, esas características que aparecen tan acentuadas a partir de la II Guerra Mundial, ya eran evidentes desde prácticamente el siglo XIX en aquellos ámbitos que se debatían ante el avasallamiento imperialista de EE.UU., particularmente las antiguas colonias españolas en América Latina y el Asia Pacífica.

³ "Another major category of problems concerns the support given by the Department on behalf of the United States Government to American nationals seeking to obtain or to retain rights to engage in petroleum development, transportation, and processing abroad. This is the traditional function of the Department with respect to petroleum... As normal economic conditions return (después del fin de la guerra; ESF) this function will come to be of very great importance. Recently significant exploration concession rights have been obtained by American companies, with the assistance of the Department, in Ethiopia and Paraguay. In Iran the negotiations which apparently near to culmination last fall have been temporarily suspended for political reasons. In China there are great possibilities for the post-war period. Large, potentially productive areas in Colombia are yet to be concessioned out to private enterprise; and in Brazil, where there may be very great potentialities of pretroleum production, no concessions at all have yet been granted. In both Colombia and Brazil there is a fair probability of basic legislation being enacted which would permit the obtaining of concessions by private companies on a mutually satisfactory basis. The foregoing cases involve areas where concession rights are being sought. There are other critical situations where concessions rights are in jeopardy and where the Department's vigilant attention is required. Furthermore, there are other areas where after the war there is a genuine possibility of securing an amelioration of the unfavorable discriminatory conditions under which American nationals were able to obtain rights before the war".

Pero conforme los recursos petroleros mundiales llegaron a su punto de inflexión a finales del siglo XX, e inexorablemente también empiezan a descender durante la primera década del siglo XXI, entonces los EE.UU., como la Alemania hitleriana en su momento, se autodeclaran justificados para apoderarse (militarmente cuando sea necesario) de los recursos petroleros del planeta, no solamente los latinoamericanos sino también y sobre todo los del Medio Oriente y los de antiguas repúblicas soviéticas del Asia Central y el Mar Caspio.

Al final de la II Guerra Mundial, EE.UU. coordinó políticas con Inglaterra y Francia, que poseían mejores posiciones en el Medio Oriente. El 25 de mayo de 1950 emitieron una declaración tripartita, en la que asumían de hecho y unilateralmente, el papel de garantes del armisticio firmado en 1949 entre Israel y los países árabes. Además, EE.UU., Inglaterra y Francia se otorgaban a sí mismas el derecho de determinar los niveles de las fuerzas armadas y los armamentos de los estados de la región. Esta política se llevó a cabo al margen de la ONU. Por su carácter intervencionista y neoimperialista, incluso gobiernos pro occidentales de la región, como los de Egipto, Siria, Líbano, Arabia Saudita, Yemen, y Jordania, se pronunciaron contra esa declaración y prometieron no admitir acciones que perjudicaran su soberanía o independencia. En 1950-1951, EE.UU., Inglaterra, Francia y Turquía, varias veces propusieron un Mando Mesoriental bajo su dirección, que incluiría todas las fuerzas armadas de los países de la región como miembros. El proyecto no funcionó. En 1952 Turquía se integró a la OTAN y en 1954 firmó un pacto militar con Pakistán. En ese mismo año, Turquía, junto con EE.UU., Inglaterra, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y Filipinas, firmaron el Tratado de defensa colectiva de Asia Sudoriental (SEATO), dirigido contra la URSS.

EE.UU. utilizó a Irak para promover sus intereses en la región. En abril de 1954 aumentó la ayuda militar al régimen de Bagdad (a cargo de Nuri Said, subordinado de Inglaterra), y en febrero de 1955 los dos países firmaron en esa ciudad mesopotámica un tratado militar, el llamado Pacto de Bagdad. Inglaterra se unió a esta alianza militar el 4 de abril, Pakistán el 23 de setiembre, e Irán el 11 de octubre. Pero Irak se retiró del pacto en 1958, como resultado de la revolución de julio. Al quedarse sin Bagdad, el Pacto pasó a denominarse la Organización del Tratado Central (CENTO), y su sede regional se trasladó a Teherán. Al igual que SEATO, CENTO también estaba orientado a cercar y hostigar militarmente a la URSS.

El 5 de enero de 1957 el presidente Eisenhower de EE.UU. formuló su "doctrina", que resultó aprobada por las cámaras legislativas el 9 de marzo de ese año, en la que se proclama el derecho unilateral del presidente de EE.UU. para intervenir, inclusive por vía militar, en los asuntos internos de cualquier país del Medio Oriente, para luchar contra el comunismo internacional.

Se asume que tal intervención se justificaría por el papel de la región en la política y la economía internacionales. Esta doctrina se empleó en la región y contra la revolución iraquí de 1958. En ese mismo año, la infantería de marina de EE.UU. desembarcó tropas en Líbano y su fuerza aérea apoyó un desembarco de tropas inglesas contra Jordania. Pero a finales de ese año las potencias metropolitanas debieron retirar sus tropas y no lograron revertir la revolución iraquí.

IV. Las guerras de Israel, el surgimiento de la OPEP y la crisis del régimen petrolero

La llegada a la presidencia de John F. Kennedy marcó un importante cambio en la política exterior de EE.UU. para el Medio Oriente, al concentrar sobre Israel la cooperación militar en la zona. Ya en 1952 los dos países habían firmado un acuerdo de asistencia para la seguridad mutua, en el que el estado judío se comprometía a poner a disposición de EE.UU. equipos, materiales, servicios y otras ayudas; a participar junto con EE.UU. en la defensa del área; así como en otras medidas de protección de la seguridad internacional⁴. Esta tendencia se acentuaría durante la década de 1960 y se ha consolidado hasta la fecha. En 1962 EE.UU. entrega a Israel misiles *Hawk* y en 1966 acordó proveerle de aviones *Skyhawk* y tanques *Patton*.

Mientras tanto, los movimientos y tendencias nacionalistas y antiimperialistas en el Medio Oriente seguían creciendo. Uno de los centros de interés, lógicamente, lo constituía el control del petróleo, principal producto de la mayoría de los países de esta región. Así, en 1960, en la Conferencia de Bagdad se creó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que buscaba unificar la política de los países productores frente al oligopolio transnacional metropolitano y sus gobiernos. Venezuela es el único país latinoamericano miembro de la OPEP.

Durante la administración de Lyndon Johnson y el auge de la guerra de EE.UU. contra Vietnam, la colaboración militar entre EE.UU. e Israel se intensificó, a la vez que Washington se distanció de los países árabes. En este período, con recursos científico-tecnológicos propios y probablemente de EE.UU., o en todo caso con la complacencia

⁴ *Treaties and Other International Acts Series*. Washington, D.C.: 1953, pp. 1, 2.

de Washington, el estado sionista empieza a desarrollar su arsenal de bombas termonucleares y otras armas de destrucción masiva (se estima "oficial" y conservadoramente, que hoy incluye al menos 200 bombas)(Houtart, 1998).

A partir de aquí, y más explícitamente con la Doctrina Carter (Cf. infra), se establecen *los dos pilares de la política de EE.UU. en el Medio Oriente: acceso irrestricto y barato al petróleo, y alianza incondicional con Israel.*

La OPEP fue el resultado del programa nacionalista populista que llegó a dominar durante la década de 1970, en el que el "Sur" o el "Tercer Mundo", pasaban a tener iniciativa estratégica y, además de liberarse del tutelaje colonial, pretendían establecer un "nuevo orden económico internacional" (NOEI), más justo y equitativo, con reglas de comportamiento que permitieran a los pobres y excluidos superar esas condiciones. Parte fundamental de esta estrategia consistía en la organización y unificación de políticas de América Latina, África y Asia. La OPEP, junto con otra serie de organismos e instituciones internacionales (de países exportadores de café o de azúcar, por ejemplo), se convirtieron en los instrumentos para esas reivindicaciones frente a las grandes potencias. Pero, al igual que en otros casos, y de la misma manera que con la propuesta en la ONU por un NOEI, EE.UU. y las grandes potencias capitalistas rechazaron esas pretensiones y, cuando no pudieron destruirlas, se dedicaron a atacarlas. Tal fue el caso de la OPEP.

La OPEP ha construido un régimen parcial del petróleo, pero ha sobrevivido y representado un "equilibrante" (similarmente parcial) del poderío metropolitano (empresas y gobiernos). Desde su creación, y con mayor evidencia durante la última década del siglo XX y la primera del XXI, no ha logrado sustituir satisfactoriamente los innúmeros insumos y servicios, las correspondientes porciones de la estructura vertical y horizontal de la industria, así como

segmentos del mercado, que siguen estando controlados por las grandes empresas petroleras de EE.UU., Inglaterra, Francia y Holanda. Más bien, la OPEP se ha caracterizado por su poca participación en los “derivados” del petróleo, habiéndose concentrado en exportar el “crudo”, es decir, materia prima con un mínimo de procesamiento.

El aporte soviético o chino nunca fue o ha sido suficiente y a veces resultó inadecuado. Más bien, se estima que el crecimiento del consumo petrolero de China e India será el mayor del mundo entre el 2000 y el 2020, y deberá llenarse con importaciones. Otros productores previamente independientes, como México, han sido integrados a la estructura dirigida por el oligopolio petrolero y el gobierno de EE.UU.

Pierre Jalée comentaba a principios de la década de 1970, que:

“Verdadero mandatario del sistema... en el dominio-rey del petróleo, el cártel (de empresas; ESF), por apoyos políticos en sus países de origen y por la debilidad de los países detentadores de reservas, ha podido asegurar... tanto la exploración y extracción como el transporte y la venta del petróleo en todas las regiones”. (1977:35).

Y. N. Sarkis, refiriéndose a los convenios, concesiones y tratados impuestos por las “Siete Hermanas” a los países productores antes de 1960, señala que “se asemejan hasta la confusión mucho más a cartas coloniales que a contratos libremente negociados”. (1968).

Hasta principios de la década de 1970, las Siete Hermanas ayudaron a que EE.UU., Inglaterra, Francia y Holanda tuvieran acceso al petróleo del Medio Oriente a bajo costo, lo cual no les impidió entregar grandes ganancias a sus accionistas. Así, el precio del barril de petróleo se mantuvo bajo los cinco dólares a precios corrientes (un poco más de siete dólares en precios constantes) hasta prácticamente 1973.

En 1880 la producción mundial de petróleo era de unos 20 millones de barriles anuales. En las décadas sucesivas hasta 1960, la producción creció a un ritmo promedio del 6.94 por ciento anual, y alcanzó los 16.000 millones de barriles en 1970, cifra equivalente a todo el petróleo producido entre 1880 y 1960. También hacia 1970, el petróleo representaba casi el 60 por ciento de toda la energía consumida en el planeta (Zorzoli, 1981:33, 34). Y, en 1975, el petróleo representaba ya el 67 por ciento del consumo energético (Conant & Racine Gold, 1974:24).

Como señalamos, el régimen internacional petrolero ha estado dominado, incluso con la presencia de la OPEP, por las llamadas “Siete Hermanas”, que concentraban la producción, el transporte, el procesamiento y la distribución del producto, apoyadas por sus gobiernos. Así, por ejemplo, en EE.UU., tres empresas petroleras (Standard Oil de New Jersey, Mobil Oil, y Texaco), hacia 1966 controlaban el 48 por ciento de las ventas del producto; y en Francia, en el mismo año, cuatro empresas (Compagnie Francaise des Pétroles, Compagnie Francaise de Raffinage, Shell Francaise, y ERAP-ELF), controlaban el 80 por ciento del mercado. En 1969, la lista anual de las mayores empresas mundiales que publicara la revista *Fortune*, estaba encabezada por Standard Oil de New Jersey, seguida por Royal Dutch Shell Group, mientras que Texaco ocupaba el cuarto lugar, Gulf Oil el sexto, y Mobil Oil el octavo. Los lugares intermedios, tercero y quinto, eran ocupados por sendas empresas íntimamente relacionadas con el consumo de petróleo, de la rama automovilística, General Motors y Ford Motors.

En 1973, el presidente Nixon presenta el Proyecto Independencia, dirigido a “emancipar” a EE.UU. de la dependencia del petróleo importado, diversificando las fuentes energéticas, enfatizando la energía nuclear y el carbón, y aumentando la producción petrolera nacional.

El 6 de octubre de 1973 empezó la guerra del “Yom Kippur”, como respuesta árabe al expansionismo de Israel (país que había lanzado una expedición expansiva con la “Guerra de los Seis Días” de 1967). El gobierno israelí solicitó ayuda a EE.UU. y consideró utilizar sus armas termonucleares. El 21 de octubre, Nixon y Kissinger enviaron ayuda militar y los israelitas pudieron rechazar la ofensiva árabe. Entonces, “... la Unión Soviética amenazó con intervenir para apoyar a los egipcios y Nixon respondió poniendo en alerta a las tropas americanas en todo el mundo”. (Schulzinger, 1984:305). Se llegó a un *impasse* entre las partes, pese a que Israel y el Egipto de A. Sadat —realignado con EE.UU. por Kissinger—, rechazaron la presencia soviética en sus negociaciones. Hasta entonces, EE.UU. había logrado mantener separados sus intereses por el petróleo y su alianza estratégica con Israel ante la opinión pública y (algunos de) los gobiernos árabes. El apoyo que ofreció EE.UU. en esta oportunidad al estado sionista, implicó un pacto estratégico con Israel (evidente pero secreto), que se estrechó en la práctica. Los países árabes, organizados en la OPEP, mentalmente y políticamente “se percataron” de la preferencia político-estratégica a favor de Israel, en la política exterior de Washington y Londres, y decretaron un embargo a quienes apoyaban al régimen judío.

La OPEP “castigó” a Holanda por sus posiciones pro israelitas, provocando que otros países europeos se distanciaran de esa política.

Mientras tanto, Nixon se veía forzado a renunciar y su sustituto, el vicepresidente G. Ford, perdía toda popularidad al otorgar el “perdón ejecutivo” a Nixon. A finales de 1974 Kissinger —inmune a la caída de Nixon— había logrado la separación de las fuerzas judías y sirias en los altos del Golán. Lo cual, sin embargo, no podía detener la ira árabe y el embargo petrolero decretado por la OPEP.

Tampoco lograba detener la crisis de la hegemonía de EE.UU., alimentada por una recesión inflacionaria que escapaba a las explicaciones económicas convencionales, por el descontento político interno, y por la derrota en la guerra contra Vietnam.

Durante la primavera de 1974, el más fiel aliado de Washington en la zona, el Shá de Irán, había promovido que la OPEP incrementara el precio del crudo un trescientos por ciento, de 2 a 8 dólares por barril. Para “recuperar” los pagos extraordinarios que se estaban realizando a Irán, los gobiernos de Nixon y Ford multiplicaron las ventas de equipo militar a ese país. Entre 1950 y 1971, EE.UU. exportó a Irán armas por valor de 1.2 millardos de dólares, mientras que entre 1972 y 1978 ese monto ascendió a 21 millardos de dólares. Cinco mil militares de los ejércitos de EE.UU. llegaron a Irán como instructores de uso de las nuevas armas. Otros 40.000 civiles de EE.UU. se instalaron en ese país para construir infraestructuras y servicios, incluyendo aeropuertos y puertos, y para instalar y operar los campos de extracción y exportación del petróleo. Como contraparte, más de cien mil jóvenes iraníes se dirigieron a estudiar en EE.UU.

Las consecuencias del embargo de la OPEP fueron sobreestimadas, y sirvieron como explicación única para la crisis estratégica (militar, político-ideológica y económica) de EE.UU., durante la década de 1970. Esta sobreestimación expresa el valor simbólico asignado al recurso petrolero, incluyendo la conciencia de los daños ecosociales provocados por el petróleo y por el aparato militar industrial (expresada en protestas y convulsiones internas), y ese énfasis mediático en el petróleo como causa de la crisis económica, también expresa nítidamente la “necesidad oficial” de estrechar aún más los vínculos entre el petróleo y la seguridad nacional de EE.UU. La tendencia culminaría con la llamada Doctrina Carter, que consideraremos más abajo.

Planteando el problema desde la perspectiva del análisis de regímenes internacionales y de la decadencia hegemónica de EE.UU. durante esa década, R. Keohane estudió la crisis de los regímenes internacionales que sustentaban tal hegemonía, incluyendo el régimen energético de los hidrocarburos. Señala que, a diferencia de los regímenes internacionales financiero y comercial:

“En petróleo, los acuerdos eran menos explícitos y menos abarcadores, ya que las reglas y prácticas no habían sido establecidas en conferencias internacionales sino que habían sido elaboradas, en gran parte por las principales compañías petroleras, respaldadas por los Estados Unidos e Inglaterra, y eran acatadas, aunque cada vez más conflictivamente, por los países productores, todavía débiles. No existía ninguna organización global internacional que controlara la conducta estatal... *En este régimen, las relaciones de poder eran altamente asimétricas.* Las compañías principales poseían mejor información acerca de los mercados y la tecnología petrolera; acaparaban recursos financieros y capacidades de producción, transporte y mercado que no podían igualar los países productores. Cuando se veían amenazadas por la nacionalización y la revolución, las compañías podían recurrir a la ayuda de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña (1988:233-234) (Énfasis ESF).

Keohane destaca los golpes asestados al régimen del oligopolio petrolero por los países productores agrupados en la OPEP, quienes, “...se aseguraron un sustancial aumento de precio en las negociaciones llevadas a cabo en Teherán en 1971, luego cuadruplicaron virtualmente los precios sin negociaciones tras la guerra de Yom Kippur... En términos reales, los precios cayeron hasta principios de 1979, cuando la revolución de Irán suministró otro catalizador para la duplicación de precios, lo que condujo a un precio de 30 dólares por barril a principios de 1980”. (1988:239-240).

En 1974, EE.UU. convocó a las potencias capitalistas industrializadas a organizar la Agencia Internacional de Energía (AIE), para desarrollar un sistema que permitiera a sus miembros defenderse en situaciones de crisis y para reducir o limitar la dependencia del petróleo importado. La AIE dejaba el mercado en manos de las compañías y de la OPEP, y se preocupaba por la *seguridad energética* de sus miembros, bajo el liderazgo de EE.UU.

Como sabemos, el aumento de los precios del petróleo coincidió y ayudó a intensificar crisis en los principales “regímenes” internacionales (financiero, comercial, energético), que minaron la hegemonía de EE.UU. durante la década de 1970, incluyendo la crisis monetaria (paridad oro dólar; devaluación del dólar y procesos inflacionarios deflacionarios incontrolables —“estagflación”; la crisis de la paridad estratégica con la URSS y la derrota en la Guerra de Vietnam; la crisis de su dominación sobre el Tercer Mundo (rebeliones en Asia, África y América Latina); y, finalmente, la crisis de legitimidad política desatada por la corrupción de la administración Nixon, en la que aparecían claramente los vínculos entre el ejecutivo, la “comunidad de seguridad nacional” y el crimen organizado (“Caso Watergate”).

V. La Doctrina Carter y la política Bush I-Reagan

Después que G. Ford terminase el mandato de Nixon, la nueva administración de James Carter, inicialmente se propuso como lema de su política internacional “liderazgo sin hegemonía”, y el desarrollo de la interdependencia a nivel global, para unir el Norte con el Sur y con el Este. La doctrina estratégica, sin embargo, seguía siendo agresiva aunque menos directamente realista: “Sustituimos la política del equilibrio de poder por la política del orden mundial”, y

anunciaba el neoliberalismo internacionalista que predominaría durante las administraciones Clinton al final del siglo XX, al señalar que:

“En el futuro cercano, los asuntos de la guerra y la paz serán más una función de problemas económicos y sociales, antes que de los problemas de seguridad militar que han dominado las relaciones internacionales desde la II Guerra Mundial”. (Citado en Schulzinger, 1984: 317)⁵.

Entre 1976 y 1978, la política de EE.UU. hacia el “Sur” y el “Este” estuvo influida por las posiciones del ministro de exteriores C. Vance. En este período, EE.UU. negocia con el gobierno de Omar Torrijos la devolución del Canal a Panamá, y posibilita que Israel y Egipto hagan la paz. Posteriormente, el agresivo asesor de seguridad nacional, Z. Brzezinski, logró que sus opiniones fueran más decisivas, y Vance fue retirado del gobierno. Como señala un historiador:

“En 1979 el presidente regresó a temas agresivos de principios de la Guerra Fría. La toma de la embajada americana por revolucionarios iraníes en noviembre y una invasión soviética contra Afganistán en diciembre de 1979 completaron la conversión de Carter en un Guerrero Frío”. (Schulzinger, 1984:317).

Carter se retiró de las negociaciones con la URSS sobre el tratado SALT II en enero de 1980, y anunció que su país boicotaría los Juegos Olímpicos a celebrarse en Moscú. Además, organizó un embargo de equipos tecnológicamente avanzados contra la URSS, y aumentó el presupuesto militar.

En marzo de 1977, Carter señaló la necesidad del “equivalente moral de una guerra”, para reducir la dependencia estratégica del petróleo importado, y proclamó la llamada

⁵ “...in the near future issues of war and peace will be more a function of economic and social problems than of the military security problems which have dominated international relations since World War II”.

“Doctrina Carter”, según la cual EE.UU. intervendría para defender sus “intereses nacionales”, en caso de que la URSS (u otro adversario o competidor), amenazara el flujo de petróleo desde el Golfo Pérsico hacia EE.UU. o sus aliados.

(En la jerga político-militar de EE.UU., “Golfo Pérsico” e incluso, simplemente, “el” “Golfo”, se emplean como sinónimos de “Medio Oriente”).

La doctrina Carter está en la base de las posteriores intervenciones militares y de otro tipo que ha emprendido EE.UU. en el Golfo Pérsico y el Medio Oriente. Durante la Guerra Fría, sin embargo, EE.UU. actuó cuidadosamente, respetando, no solo la integridad de la URSS (repúblicas soviéticas asiáticas) sino una “zona de influencia”, demarcada por la disponibilidad de sistemas estratégicos recíprocos capaces de entrar en una confrontación termonuclear generalizada, así como la disponibilidad de bases y líneas de abastecimiento. Con la desintegración de la URSS y la reducción de Rusia a un territorio menor que el poseído por los zares desde el siglo XVIII, la Doctrina Carter ha pasado a significar la base del renovado intervencionismo de EE.UU. en el Golfo Pérsico, el Medio Oriente y el Asia Central, durante las administraciones desde Bush I hasta Bush II, con las administraciones Clinton incluidas.

Así, a finales de la década de 1970, las tendencias militaristas y guerreristas dentro de la sociedad y del gobierno de EE.UU., tanto como en Inglaterra y otros países metropolitanos, se preparaban para lanzar una ofensiva estratégica contra sus enemigos, en primer término la URSS, y en segundo la “disidencia” y “guerras de liberación” en el llamado Tercer Mundo. La segunda mitad de la administración Carter ya se orientó en este sentido; el alejamiento de Vance y la preeminencia de Brzezinski en la política exterior de EE.UU. lo hacían patente.

Rancios aires decimonónicos soplaban en el capitalismo. La derecha política se fortalecía y crecía al calor de la lucha contra la URSS y el socialismo; los intelectuales “light” establecen una relación teológica, de dependencia recíproca, entre “democracia y mercado”. Se trataba de las tendencias en teoría y política económicas que revivían los postulados del liberalismo, como estrategia para fortalecer los intereses de los oligopolios mundiales y de las potencias centrales, EE.UU. en primer término. Estas posiciones neoliberales, a la vez que predicaban libertad económica, desataban o atizaban golpes de estado o guerras en Afganistán, en Chile, en Argentina, en Angola, por ejemplo. Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Milton Friedman con los “Chicago Boys”, Jorge Videla y Augusto Pinochet, se convirtieron en figuras emblemáticas del neoliberalismo autoritario, que pasó a erigir como “sujeto de la historia” a los carteles oligopólicos (disfrazados de “empresas libres”, que a su vez se disfrazaban de “individuos libres”), actores centrales, junto con Rambo —encarnación de la violencia psicosocial y militar del imaginario en EE.UU.—, en una renovada y postrer versión del capitalismo triunfante, salvaje y sangrante.

La estrategia de EE.UU. durante la última fase de la administración Brezhnev en la URSS, consistió en penetrar los aparatos de inteligencia soviéticos y sobre todo fomentar la corrupción en el Partido Comunista, por una parte. Por la otra, se revivieron las doctrinas del “roll back” (hacer retroceder) contra el comunismo internacional y, para ello, se intensificó al máximo la competencia estratégica, no escuchando las propuestas de convivencia pacífica que desesperadamente planteaban los soviéticos ya desde la guerra de Vietnam, sino, al contrario, provocando que los ejércitos soviéticos se sobreextendieran en guerras de desgaste, y la economía de guerra ahogase a la URSS. EE.UU. apoyó decididamente al régimen racista sudafricano contra Angola, Mozambique

y otras naciones africanas. Pero, sobre todo, Brzezinski y C. Wojtila (electo sumo sacerdote de la iglesia de Roma después que su predecesor —seguidor de Juan XXIII— fuera asesinado misteriosamente), organizaron dos ataques contra Moscú, uno de guerra política en Europa Oriental centrado en Polonia, el otro en Afganistán, de guerra de guerrillas contra los ejércitos soviéticos, siendo el saudita Osama Ben Laden, uno de los principales cabecillas entrenados y financiados por EE.UU. —recibió más de 2.000 millones de dólares de agencias de EE.UU. y del gobierno saudita.

Durante el siglo XX, EE.UU. pudo funcionar económica y socialmente por la disponibilidad y uso de recursos, en particular recursos energéticos, abundantes y baratos. Entre 1965 y 1973, el consumo energético en EE.UU. había crecido a una tasa del 4.5 por ciento anual (Kash & Rycroft, 1984:9), y la producción nacional ya no podía dar abasto con la demanda, de manera que la diferencia se llenaba con importaciones baratas. La “crisis energética” suscitada alrededor del embargo petrolero de la OPEP generó confusión en EE.UU. y un cambio en su política, que se tornó aún más agresiva. Así, la administración Carter decide relanzar su política energética, centrando el esfuerzo en tres objetivos: abundancia energética, “limpieza” de los recursos empleados, y seguridad en los suministros. Sin embargo, para esto **no** se cambiaron las tendencias históricas, sino más bien se reforzaron los sectores tradicionales, petróleo, energía nuclear, gas natural y carbón, aunque ciertamente la investigación y el apoyo al desarrollo de energías alternativas también se acentuó, tanto por parte del estado como por las empresas y otros actores.

En un comunicado de prensa de la Casa Blanca del 29 de abril de 1977 podemos observar claramente, otra vez, cómo se recurre al miedo y a las amenazas, que vinculan energía y seguridad nacional:

“La pregunta de fondo es si esta sociedad está dispuesta a ejercer disciplina interna para seleccionar y perseguir un conjunto coherente de políticas, con la suficiente anticipación frente a cualquier desastre amenazante. Las democracias occidentales han demostrado esa disciplina en el pasado, al reaccionar ante amenazas a la sobrevivencia inmediatas y palpables, en tiempos de guerra. Pero han tenido menos éxito en cohesionar sus recursos humanos y materiales para enfrentar amenazas a sus sistemas económico y político, menos visibles e inmediatas. Cuando los peligros aparecen de forma incremental y el día de dar cuentas parece lejano en el futuro, los líderes políticos democráticos se han mostrado renuentes a tomar acciones decisivas y tal vez impopulares. Pero se requerirá tal acción para enfrentar la crisis energética. Si la nación continúa yendo a la deriva, lo hará en un mar cada vez más peligroso”. (p. 25)⁶.

Nixon había devaluado el dólar en 1971, rompiendo su paridad con el oro. Similarmente, la administración Carter determinó devaluar el dólar en 1977, para promover las exportaciones de EE.UU. Hacia 1978, la moneda de EE.UU. se había devaluado un veinticinco por ciento y la OPEP incrementó el precio del petróleo, de 12 a 18 dólares. En 1979, EE.UU. abonaba unos 50 mil millones de dólares por concepto de compras petroleras. En junio de ese año el precio del barril de petróleo se duplicó, alcanzando los 36 dólares, como resultado del impacto de la revolución iraní, que redujo la producción persa en un noventa por ciento.

⁶ “The ultimate question is whether this society is willing to exercise the internal discipline to select and pursue a coherent set of policies well in advance of a threatened disaster. Western democracies have demonstrated such discipline in the past in reacting to immediate, palpable threats to survival, as in time of war. But they have had less success in harnessing their human and material resources to deal with less visible and immediate threats to their political and economic systems. When dangers appear incrementally and the day of reckoning seems far in the future, democratic political leaders have been reluctant to take decisive and perhaps unpopular action. But such action will be required to meet the energy crisis. If the nation continues to drift, it will do so in an increasingly perilous sea”.

Los ingresos adicionales que recibían los miembros de la OPEP, en importante medida se convirtieron en “petrodólares”, es decir, fueron depositados en bancos metropolitanos, y de allí se ofrecieron en calidad de préstamos, con condiciones aparentemente muy buenas, a un conjunto de países subdesarrollados, sobre todo latinoamericanos que, o bien enfrentaban una cuenta muy elevada por importaciones petroleras, o bien, como en los casos de México, Irán o Venezuela, confiaban en sus recursos petroleros para hacer frente a la creciente deuda externa. Sin embargo, el uso más eficiente de la energía, así como el aumento de la producción de petróleo, hacia 1981 resultó en una abundancia del recurso en los mercados. Los precios en bolsa de las empresas petroleras habían aumentado un 500 por ciento entre 1973 y 1980, pero entre 1981 y 1982 descendieron a la mitad, por el motivo citado. La misma OPEP redujo su producción en un quince por ciento, para mantener el precio del barril alrededor de 34 dólares.

Las dos administraciones Reagan-Bush I que siguieron a la de Carter, por una parte redujeron drásticamente el financiamiento estatal para la energía, algo particularmente dañino para quienes desarrollaban fuentes energéticas alternativas a las tradicionales; y por otra parte, siguiendo su orientación ideológica de nuevo liberalismo extremista, plantearon que las empresas de energía (en particular las petroleras) debían recuperar su capacidad rectora en el régimen energético internacional, empezando entonces por hacerse cargo del sector (desde la I&D hasta la distribución). *Empleando un análisis de situación que enfatiza la inestabilidad energética, el gobierno Reagan-Bush I centra su resolución en el oligopolio petrolero (disfrazado de “mercado”):*

“Lo que sí es cierto sobre el futuro es que el camino exacto del desarrollo de la energía y de sus mercados es incierto. Las innovaciones tecnológicas, los descubrimientos

geológicos, los cambios en la economía interna o internacional, los conflictos políticos o militares, las variaciones en la actitud del público —todos estos son acontecimientos inherentemente impredecibles que pueden alterar drásticamente la situación energética de la nación. Bajo la filosofía de mercado libre de esta administración, el mismo pueblo americano de hecho llevará a cabo un plebiscito continuo en el mercado, para expresar su evaluación individual y colectiva de los posibles cursos de acción. Sus acciones determinarán, últimamente, si el consumo energético per cápita de la nación sube o baja entre hoy día y el año 2000 —y cuál será nuestra mezcla de fuentes energéticas al cambio de siglo”. (Bureau of National Affairs, 1981:1115)⁷.

Todos los problemas energéticos han de solucionarse mediante el “mercado”, incluyendo las crisis militares o de seguridad. Así, en la p. 1113 de ese documento citado, se lee que el gobierno de EE.UU., “se fundamentará primariamente en las fuerzas del mercado para determinar el precio y la distribución de los insumos de energía, *incluso durante una emergencia energética*”. (Énfasis, ESF)⁸.

En la rama legislativa, las propuestas del ejecutivo sufrieron algunas modificaciones respecto a la distribución de recursos financieros, y se evitó el desmantelamiento completo del sistema de formulación de políticas energéticas.

⁷ “The one thing that is certain about the future is that the exact path of energy development and markets is uncertain. Technological innovations, geologic discoveries, changes in the economy at home or abroad, political or military conflict, variations in public attitude —all of these are inherently unpredictable events that can alter the nation’s energy situation drastically. Under the free market philosophy of this administration, the American people themselves will actually conduct a continuing national plebiscite in the marketplace to express their individual and collective evaluation of possible courses of action. Their actions will determine ultimately whether energy consumption per capita in this country rises or falls between now and the year 2000 —and what our mix of energy sources will be at the turn of the century”.

⁸ “primary reliance on market forces to determine the price and allocation of energy supplies even during an energy emergency”.

El 17 de setiembre de 1980, Irak declara sin validez el Tratado de Argel de 1975, que el gobierno de Bagdad había firmado bajo la presión del Shá Reza Pahlevi y según el cual el país persa pasaba a controlar la desembocadura de los ríos mesopotámicos, el Shat-el-Arab. El 21 de setiembre Irak ataca a Irán y sus tropas penetran en el territorio iraní, pero avanzan lentamente y a los pocos meses empiezan a estabilizarse y luego a contraerse las líneas del frente. Hacia 1982 Irán había recuperado casi todo su territorio perdido y empezaba a avanzar para tomar el sur de Irak (Basora). Con armas convencionales, biológicas y químicas, el gobierno iraquí, sin embargo, hacia 1987 había contenido la ofensiva iraní —siempre contando Bagdad con el apoyo de EE.UU.

Mientras, aprovechando el notorio debilitamiento de las partes beligerantes y apostando a que la URSS no se atrevería a intervenir, en 1986 la marina de guerra de EE.UU. se apoderó (de la parte acuática) del Golfo Pérsico. Irán minó sus puertos en una acción puramente defensiva, de manera que no logró contrarrestar esta importante adquisición por parte de EE.UU. El dominio de esa avenida marítima es fundamental para el control del Medio Oriente, ya desde tiempos de Alejandro Magno.

Además, a mediados de 1982, en Washington el ministro de exteriores A. Haigh había sido reemplazado por G. Schultz, justo a tiempo para enfrentar una nueva crisis, cuando Israel hizo avanzar sus tropas hasta los alrededores de Beirut, buscando destruir a la Organización de Liberación Palestina (OLP). La opinión pública mundial, incluida la de EE.UU., se oponía fuertemente a las acciones sionistas, al conocerse los cientos de muertos que causaba el ataque contra civiles libaneses y refugiados palestinos —mujeres, niño/as y anciano/as incluidos. La administración Reagan supuestamente trataba de detener el ataque israelita, y el 1º de setiembre propuso un plan para intercambiar territorios: Israel

cedería la margen occidental del río Jordán a los palestinos, que conformarían un estado conjuntamente con Jordania. Pero el 14 de setiembre caía abatido el líder de la falange derechista libanesa, Bashir Gemayel, aliado incondicional de Israel. El 15 de setiembre de 1982 los ejércitos judíos ocupaban el sector oeste de Beirut. Dos días después, el 17, los milicianos derechistas cristianos de Gemayel entraron a dos campos de refugiados palestinos (Shabra y Shatila) y asesinaron a casi trescientos indefensos refúgiados palestinos, nuevamente mujeres, niño/as, anciano/as. Una fuerza integrada con soldados de EE.UU., Francia e Italia entró a la zona para “interponerse”.

En 1983 esas fuerzas metropolitanas, junto con el ejército israelita, las milicias cristianas de Gemayel y las fuerzas del ejército sirio (enviadas por el presidente El Hassad para proteger a los palestinos), seguían ocupando sus posiciones en Líbano.

A la vez, EE.UU. apoyaba a Inglaterra en su guerra contra Argentina y desarrollaba guerras contrarrevolucionarias en Nicaragua, Angola, Etiopía-Somalia y Afganistán.

La administración Reagan-Bush I agravó su crisis con el llamado “Irangate”, al descubrirse que, contra lo estipulado en la ley, el ejecutivo washingtoniano secretamente abastecía a la revolución iraní que oficialmente combatía. La operación implicaba una triangulación, para así conseguir recursos financieros dirigidos a los “contras” nicaragüenses, que Washington ponía a luchar contra el gobierno sandinista. Sin embargo, pese a la indignación pública y a procedimientos institucionales, a diferencia de Nixon, ni Reagan ni Bush I fueron castigados, ni se vieron obligados a dimitir, creando un funesto precedente para la democracia en EE.UU. Se originaba, en consecuencia, un excelente precedente para la transformación autoritaria del estado en EE.UU.

Por su parte, la URSS empezaba a manifestar con mayor claridad su debilidad estratégica, y los sectores del aparato

de inteligencia, militar y policíaco dominantes en el PCUS y el Estado eran incapaces de contrarrestar las tendencias centrífugas y autofágicas que padecían, ni tampoco, entonces, pudieron enfrentar las acciones de sus contrapartes de EE.UU. (también con el aparato de inteligencia, militar y policíaco en el poder) y sus aliados, que coadyudaban a desestabilizar rápidamente a esas instituciones (Partido y Estado), a las fuerzas armadas, a la economía, a los intelectuales, a los grupos étnicos y religiosos. Similarmente, EE.UU. y sus aliados desestabilizaban el occidente europeo de los soviéticos y el vital Pacto de Varsovia, así como el ámbito austral soviético (Repúblicas asiáticas y guerra en Afganistán).

Mientras tanto, en 1988 Irán había aceptado la Resolución de Paz 598 de las Naciones Unidas (acordada el 20 de julio de 1987), y el 20 de agosto de 1990 se firmó la paz entre Irán e Irak.

Al mismo tiempo, creyendo contar con el apoyo del gobierno de EE.UU., Irak invade Kuwait el 2 de agosto de 1990. El 8 de agosto EE.UU. empieza su ocupación de Arabia Saudita, cuando aterrizan ahí los primeros aviones de su fuerza aérea. Entre el 6 de agosto y el 31 de octubre de 1990, la administración Bush I diseña la operación de ataque a Irak. Esta ofensiva militar tenía por objetivo principal controlar el Golfo Pérsico que se disputaban Irak e Irán y establecer tropas y bases en Arabia Saudita (posicionamiento militar naval sobre Shat-al-Arab, y terrestre en Arabia Saudita, Omán, Qatar). Un objetivo ulterior consistía en tomar Irak. De esta manera, EE.UU. controlaría los dos principales yacimientos petroleros del planeta. Entre los planificadores de la operación se encontraban Bush I, Cheney, Powell, Wolfowitz, Perle, Negroponte, y otros.

La superposición de fechas alrededor de la firma de la paz entre Irak e Irán y la invasión iraquí contra Kuwait no es observada por algunos analistas que, sin embargo, destacan

cómo las acciones kuwaitíes habrían provocado la respuesta militar iraquí:

“Nada más acabar la guerra entre Irán e Irak, Kuwait empezó a presionar a Bagdad para que devolviera sus enormes préstamos. Los kuwaitíes también reclamaron que Irak abandonase la disputa fronteriza que mantenía con su país y, al excederse en su cuota de producción determinada por la OPEP, redujeron sensiblemente el precio mundial del petróleo, que constituía prácticamente la única fuente de divisas de Irak. El ejército iraquí ocupó Kuwait en agosto de 1990, convirtiéndose en el detestado enemigo de sus antiguos aliados (Estados Unidos y Arabia Saudita; ESF)”. (Klare: 2003:54).

El 29 de noviembre de 1990, EE.UU. consigue que el Consejo de Seguridad de la ONU autorice el empleo “de todos los medios necesarios para repeler la invasión” iraquí de Kuwait. El 15 de enero de 1991 vence el plazo de la ONU para que Irak se retire de Kuwait, y dos días después (17 de enero), bien posicionados de antemano, EE.UU. y sus aliados atacaron a partir de las 2:38 a.m., hora de Ryad. EE.UU. denominó a su plan de guerra “Operación Tormenta del Desierto”. Los militares diseñaron todo un nuevo dispositivo de control y filtración de imágenes y análisis de la guerra ante la opinión pública de EE.UU. y “el mundo”, con el fin de evitar un posible efecto “antiguerra” como el que ocurriera con el periodismo (“primitivo y libre”) de la Guerra de Vietnam.

Un mes después Irak ofrecía retirarse de Kuwait, pero Bush I rechazó la oferta. El ejército iraquí acabó destruido y en desbandada, habiendo determinado jugar una guerra de posiciones en el desierto, con armas y equipos anticuados, y teniendo al frente a ejércitos con las armas más modernas (termonucleares “de baja intensidad”, lasers y bombas de “aturdimiento” o de fragmentación), todas de alta precisión

al ser dirigidas por una densa red de C3I (Comunicación, Comando, Control, Información), integrada por estaciones en tierra, mar, aire y espacio, con capacidad para “ver” cientos de metros bajo tierra o detectar objetos del tamaño de cajetillas de fósforos. Esta red servía para “dirigir” las “armas inteligentes” de EE.UU. contra aquel obsoleto ejército iraquí, carente de sistemas modernos de mando o abastecimiento (incapaz de coordinarse de día y por supuesto no podía ni operar ni “ver” de noche), sin fuerza aérea y con blindados desfasados, y además con muy limitadas capacidades balísticas. EE.UU. también realizó un bombardeo contra la “infraestructura” del país (carreteras, aeropuertos, puertos, puentes, plantas y sistemas de electricidad y agua, gas, teléfonos, industrias, centros de acopio y abastecimiento de alimentos, etc.), con el propósito de paralizar el esfuerzo bélico defensivo. Lógicamente, este bombardeo afectó no solamente instalaciones y personal militar, sino también tuvo un terrible impacto entre la población civil. El 28 de febrero cesan las hostilidades, con una especie de impasse que, sin embargo, dividió a Irak en amplias zonas donde el ejército iraquí no podía operar, controladas por EE.UU. e Inglaterra. La toma de Irak se pospuso por muchos motivos. Según Klare, en aquel momento: “Los únicos que apoyaban la idea de que las tropas comandadas por los estadounidenses continuaran hasta Bagdad, algo que hubieran podido hacer sin problemas, eran los kuwaitíes, pero en ese caso la coalición se hubiera desintegrado”. (Klare, 2003:55).

La resolución número 687 del Consejo de Seguridad de la ONU, del 3 de abril de 1991, establecía las condiciones para el cese del fuego entre las fuerzas de esa institución y las de Irak. La resolución tenía clara la existencia de armas de destrucción masiva (ADM) en la región medio oriental, señalando que, “...la amenaza que todas las armas de destrucción masiva hacen pesar sobre la paz y la seguridad en

la región, así como la necesidad de trabajar en la creación en Medio Oriente de una zona exenta de tales armas”.

En este caso, la referencia es a las armas que poseían Turquía, Irán, Arabia Saudita e Irak, pero también EE.UU., Israel o Inglaterra.

En todo caso, para EE.UU. se trataba de una importante victoria, porque consolidaba su control sobre el Golfo Pérsico —tomado desde 1986—, al utilizar el territorio saudita para desplegar sus fuerzas militares —además de los miles de asesores que ayudan en las operaciones del ejército saudita, principal cliente de EE.UU. en las ventas internacionales de armamentos. El objetivo principal en torno al dominio del Golfo Pérsico radicaba en el control del petróleo. Como señalaban Bush I y Brent Scowcroft (1998), EE.UU. buscaba en esta guerra de 1991, “Que ninguna potencia regional hostil pudiese secuestrar la mayoría de los aprovisionamientos de petróleo”.

Adicionalmente, Irak quedaba prácticamente dividido en zonas, las más importantes de las cuales, en términos de petróleo, eran controladas desde el aire y el espacio por EE.UU. e Inglaterra. El régimen de S. Hussein quedaba confinado a un territorio con mucha población y poco petróleo, sujeto a un embargo económico devastador (cientos de miles de personas, sobre todo niño/as, enfermarían o morirían a causa de hambrunas o escasez de medicinas), y a inspecciones para destruir sus armamentos. El mismo primer ministro británico, Blair, reconocía que los equipos de inspectores de la ONU en Irak, “han llegado a eliminar más armas de destrucción masiva que durante la guerra del Golfo Pérsico; ESF)”⁹.

En 1990 se había producido, en el orden de cosas económico, el llamado “Consenso de Washington”, mediante el que EE.UU., los organismos financieros internacionales y

⁹ *Le Figaro*, Diciembre 18, 1998.

los acreedores privados metropolitanos, imponen a los países deudores del Sur, condiciones que sujetan directamente las políticas económicas y sociales de estos países a los deseos e intereses de los acreedores ricos. También, y paralelamente a la guerra contra Irak de EE.UU., en Europa se firma el Tratado de Maastrich, que refuerza la unidad regional de la UE. La URSS se disuelve y Yeltsin asume un mando presidencialista tiránico, apoyándose en un golpe de estado y las mafias. Desde entonces, es posible observar cómo, a cada paso que da la Unión Europea en su consolidación como unión monetaria y política, EE.UU. también da un paso paralelo para aumentar su control sobre el Medio Oriente, el Golfo Pérsico y el Asia Central, es decir, sobre el petróleo euroasiático. Así por ejemplo, la emisión del euro coincide con los ataques terroristas contra el Pentágono y el centro financiero de Nueva York —incluyendo el posterior ataque y ocupación de Afganistán—, y la invasión a Irak del 2003 coincide con la ampliación hacia el Este de la UE (“la Europa de los 25”).

VI. Petróleo y estrategia de Clinton a Bush II

La derrota electoral de Bush I contra William Clinton en 1993 apartó temporalmente del poder al equipo coordinador que buscaba tomar el Medio Oriente, y el impasse con el gobierno de Saddam Hussein se mantuvo durante más de una década. Para los estrategas militares de EE.UU., tomar Irak resultaría en el derrocamiento del nacionalismo y el antiamericanismo en todo el Golfo Pérsico (Irán quedaría aislado), el mundo islámico y el Asia Central. Los ideólogos de EE.UU. consideraron necesario imponer la forma política e ideológica oligárquica llamada “democracia”, en toda la región: ello acabaría para siempre con las resistencias a la dominación de EE.UU. y del llamado Grupo de los 8. Los

ideólogos religiosos fundamentalistas cristianos en EE.UU., afirmaban su adhesión a Israel y su odio excluyente a la religión mahometana, considerando una supuesta inminencia del “fin del mundo” y el comienzo del reino de Dios afincado en EE.UU. Sus contrapartes árabes proclamaban guerras igualmente santas contra los infieles cristianos.

Desde interpretaciones geopolíticas derivadas de Mac-Kinder, es posible considerar que la base de la dominación estratégica mundial, consiste en controlar esa zona que incluye el Cercano y Medio orientes y su proyección hasta el Asia Central (Afganistán hasta Tibet). Es la yugular geoestratégica del planeta, según la visión petroleocéntrica. Esto se tenía claro por el grupo Bush desde al menos la revolución iraní.

Habían, en esos años, procesos muy importantes que se ubicaron en el centro del interés petrolero de las administraciones Clinton (y Blair), por el deliberado desmembramiento de las parte Sur y asiática de la antigua URSS, que redujo el territorio de Rusia a una estrecha faja de terreno entre los mares Negro y Caspio, encerrada al oeste por Ucrania, al este por Kazajstán y Turkmenistán, y al sur por Abjasia, Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Resultaba crucial para los objetivos estratégicos de EE.UU., como lo preveíamos ya en 1987¹⁰ y como lo había entendido claramente la URSS, el estado mayor nazi durante la Segunda Guerra Mundial, controlar los recursos petroleros y minerales de la región.

Tal fue la tarea que emprendió la administración Clinton, centrando su política petrolera en Eurasia, en la cuenca del Mar Caspio (Azerbaijón, Kazajstán, Turkmenistán y Uzbekistán —más Rusia e Irán), y en la aprobación y construcción de nuevas rutas para la exportación de gas natural hacia Europa. EE.UU. quería que los gasoductos no

¹⁰ En conversación con J. Szyliowicz, en Denver, Colorado.

pasasen ni por Rusia ni por Irán, de manera que se diseñó una ruta entre Bakú y Coyhan (Turquía), pasando por Tiflis, capital de la república de Georgia —que E. Shevernadze había “heredado” de su jefe M. Gorbachov. (Cf. Cheterián, 1999).

En el continente americano, EE.UU. pasa a controlar el petróleo y los recursos estratégicos de México y Canadá, mediante el control financiero del quebrado México, y mediante NAFTA. Menem en Argentina, vende Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), la empresa de petróleo de bandera nacional desde Irigoyen. Se intensifica el interés por el petróleo de Colombia, Brasil, Ecuador, y la región circuncaribe. En África, se renueva el interés sobre Nigeria, Angola y Guinea Ecuatorial.

Los asuntos políticos internacionales eran muchos, en particular la administración Clinton trataba de aprovechar los vacíos que se creaban con la desintegración de la URSS, y en intensificar la desintegración de la Federación de Yugoslavia. Según comenta Gilbert Achcar, el objetivo estratégico principal era:

“...impedir que surgisse uma força capaz de contestar sua supremacia político-militar mundial, certeza de supremacia económica. Para consegui-lo, empenharam-se em aumentar a defasagem militar, quantitativa e qualitativa, que havia entre eles e o resto do mundo, especialmente dos adversários em potencial. Também precisaram impedir que os vassallos de ontem não se libertassem de sua tutela e não ficassem tentados a criar blocos regionais que pudessem resistir á hegemonia americana, como un bloco euro-ruso ou nipo-chinés”. (Achcar, 2003:277).

Al mismo tiempo, estas políticas de la agenda del presidente Clinton tenían como sustrato doctrinario ideológico, una especie de “nuevo idealismo” en política internacional, signado como neoliberalismo internacionalista, que proponía

al libre comercio y al mercado como solución para todos los problemas que, de otra forma, tendrían que enfrentarse militarmente. En la post Guerra Fría, se afirmaba, el poder ya no estaría concentrado en el aspecto militar sino en el dinamismo económico y en la innovación tecnológica; la capacidad militar solamente serviría como “garantía de último recurso” en un sistema mundial interdependiente, neoliberal y globalista, pacífico, “democrático” y dominado por las grandes corporaciones transnacionales metropolitanas (en tales “sueños rosa”, esas empresas cuidarían que los ecosistemas no se destruyan más, y ofrecerían a las poblaciones periféricas, medios y formas para alcanzar el bienestar y la libertad). Son los años de la vacía euforia globalista en América Latina —Salinas de Gortari, Menem, Cardoso o Fujimori y equivalentes—; son los años de las burbujas financieras y de tecnologías en los mercados financieros mundiales.

En el año en que Clinton toma posesión, en África se generalizaba la guerra regional que venía desencadenándose en torno a la zona de los Grandes Lagos, y en la que intervinieron Burundi, Congo, Ruanda y Uganda, con cientos de miles de muertos y millones de desplazados. Ni EE.UU. ni las otras grandes potencias, o la ONU, prestaron mucha atención al suceso: ¿Qué importancia pueden tener para los blancos educados, ricos y poderosos, las vidas de cientos de miles de africano/as “negro/as” y pobres?

La “atención” continuó centrada en el proceso de destrucción y desmembramiento de la antigua Yugoslavia.

En 1995, la resolución número 986 del Consejo de Seguridad señalaba que Irak podría vender, semestralmente, hasta 2.000 millones de dólares en petróleo. Los fondos recaudados irían a una cuenta controlada por la ONU, que con esos recursos permitiría al gobierno iraquí comprar alimentos y medicinas. Casi una tercera parte de esos ingresos servirían, para financiar a los inspectores de la UNSCOM y

para pagar indemnizaciones de guerra a Kuwait. El gobierno iraquí no aceptó esta resolución sino en 1997. La resolución 1153 de febrero de 1998, autorizaba que Irak exportara hasta 5.200 millones de dólares en petróleo, semestralmente.

Antes, en 1996, el poder legislativo en EE.UU. aprobó una legislación denominada *Iran-Lybia Sanction Act*, con sanciones unilaterales y pretensiones de extraterritorialidad para su derecho. Prohibía a toda sociedad económica comerciar de ninguna manera con estos dos países —ambos miembros de la OPEP; con lo que para ese momento, al menos tres miembros de esta organización eran objeto de ataques económicos por EE.UU. También, ese Act daba potestad a las autoridades de EE.UU., de “castigar” a cualquier sociedad de otros países, que comerciara o realizara cualquier tipo de negocios con Irán y Libia. Sin embargo, “Las compañías petroleras extranjeras que negociaban con Irán o Libia no han sido nunca sancionadas”. (Ivekovic, 2003:38).

Si bien Clinton no intentó ocupar todo Irak, de todas maneras mantuvo una política muy agresiva y unilateral contra este país. Aparecen claramente procedimientos, por parte de EE.UU., que riñen con el derecho y las instituciones internacionales. Este tipo de actuación se hacía evidente en las arrogantes declaraciones de la ministra de exteriores Madeleine Albright, quien sostenía que EE.UU. se había convertido en “la nación indispensable” en el planeta, y que su voluntad debía prevalecer. Su asesor, Thomas Friedman, combinaba “neoliberalismo” con militarismo y guerra, como se había mostrado claramente ya desde el golpe de estado contra Allende, en Chile, en 1973:

“La mano invisible del mercado nunca funcionará sin un puño invisible. McDonald’s no puede prosperar sin McDonnell Douglas, el fabricante de los (aviones; ESF) F-15. Y el puño invisible que mantiene la seguridad del mundo, con la tecnología de Silicon Valley, se llama

Ejército norteamericano, fuerzas aéreas, marina militar y marines”¹¹.

El 16 de diciembre de 1998, el Consejo de Seguridad de la ONU se reunió para discutir dos informes sobre la situación en Irak, uno de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), que señalaba cómo Irak había cumplido sus obligaciones y planteaba pasar, de un régimen de inspección a otro de continuo control. Sin embargo, el segundo informe, redactado por el australiano Richard Butler, a cargo del equipo de inspectores de la ONU en Irak (UNSCOM), sostenía que ese equipo “no está en condiciones de llevar a cabo un trabajo sustancial de desarme”.

El debate en el Consejo de Seguridad no pudo desarrollarse normalmente, porque EE.UU., el día anterior, apoyándose en el informe de Butler había empezado a bombardear a Irak. El gobierno de Clinton había tenido acceso previo al documento de Butler, quien, “...no había consultado a ninguno de sus adjuntos, (pero) informaba regularmente al Departamento de Estado por adelantado de la redacción”. (Gresh, 1999:92).

Por supuesto, ningún otro país, salvo EE.UU. conocía de antemano estas informaciones. Según Scott Ritter, quien insistió en el empleo de la fuerza contra Irak, durante el desarrollo de las inspecciones y la redacción de su informe, Butler se mantuvo en contacto permanente con los miembros del Consejo de Seguridad Nacional de EE.UU., que le solicitaban “endurecer el tono de su informe para justificar los bombardeos”¹². Pese a estas declaraciones, según informaba el periódico *The Washington Times*, también el 17 de diciembre de 1998, desde el 13 de ese mes el gobierno de Clinton había comunicado al Estado Mayor de sus fuerzas

¹¹ Citado en Amín, S. 2000:73.

¹² *The New York Post*, December 17, 1998.

armadas que el presidente ordenaría atacar a Irak de forma inminente. Esto sucedía tres días antes de la presentación de los informes ante el Consejo de Seguridad, sobre la supuesta existencia de “armas de destrucción masiva” en manos del gobierno y ejército iraquíes.

Es posible notar, así, que ese ataque lanzado por Clinton en 1998, contiene muchos elementos que anticipan los empleados en el 2003 por Bush II y Blair para justificar la guerra contra Irak.

El ataque contra Irak no fue muy auspicioso para Clinton. Tiene algunos rasgos similares a los del fracaso militar de EE.UU. en Irán en 1979. Sin embargo, a diferencia de Carter, Clinton pudo mantenerse hasta el final de su mandato —aunque debilitado. Respecto a Irak, en primer término, el ataque tuvo lugar en medio de un escándalo de faldas en el que lo enredaron sus opositores políticos... tanto como su falta de tacto. Así, el ministro de exteriores de Bush I, James Baker, señalaba que:

“...se han planteado cuestiones legítimas sobre la fecha de esos ataques: espero tener razón cuando digo que simplemente no puedo creer que un presidente norteamericano sea lo bastante chorizo como para poner en peligro a militares, hombres y mujeres, para proteger su trasero político”¹³.

Seis años más tarde, similares preguntas se plantean al presidente Bush II por su ataque y toma de Irak, sustituyendo “faldas” por “petróleo” —y bajo el pretexto de la posesión de “armas de destrucción masiva” por Irak, armas que nunca fueron halladas. Ese ataque de la administración Clinton contra Irak generó una ola de sentimientos y manifestaciones contra EE.UU. en todo el mundo, incluyendo a los árabes, que pedían un juicio contra Clinton y Blair por crímenes de guerra. EE.UU. minó la credibilidad

¹³ *International Herald Tribune*, December 18-19, 1998.

para generar la “segunda Intifada” que lo llevó al poder en Israel y que hasta la fecha impide el proceso de paz con los palestinos.

El candidato oficial de Clinton, Al Gore, fue declarado perdedor, en unas elecciones de dudosa transparencia formal. El “electo” presidente G. W. Bush (“Bush II”), es otro miembro más de la cadena internacional de “familias políticas” que vienen ocupando recientemente, durante generaciones, los más altos cargos (los Kennedy, los Papandreu, los Karamanlis, los Figueres, los Calderón, los Ghandi, etc.). Son las cabezas visibles de las renovadas oligarquías que dominan política y económicamente en el planeta.

Con Bush II regresó al poder el equipo de Bush I, que había llevado a cabo la guerra del Golfo y que ahora se preparaba para tomar la región y asegurarle a EE.UU. el control mundial del petróleo. Con este recurso en mano (y un aparato militar incontestable), se posibilitaría la consolidación de una hegemonía mundial *ad aeternis*, pese al creciente poder económico de la UE, pese a las crecientes crisis generales de sobreproducción, y pese a los procesos de descomposición social, política e ideológica, cada vez más claros en cada vez más países.

Pero Bush II llega deslegitimado a la presidencia —por el espectáculo de “elecciones tipo república bananera” en el estado de Florida (que decidía el resultado de la elección), gobernado por otro hijo de Bush I. Sin embargo, los ataques del 11 de setiembre del 2001 no solamente le dieron “legitimidad” a Bush II ante la opinión pública nacional, sino que cayeron como guante en mano para llevar adelante un programa político, nacional e internacional, elaborado desde finales del siglo pasado y dirigido a consolidar el lugar central del aparato militar en la política de EE.UU. y el mundo. El grupo en el poder, con Bush II, mantiene estrechas relaciones y vínculos de negocios con empresas petroleras y militares; el

vicepresidente Cheney y la consejera de seguridad, Rice, son accionistas en empresas de estos ramos, como Halliburton o Chevron.

A partir del 11 de setiembre del 2001, al menos, y como quiso hacer su contraparte española en marzo del 2004, el gobierno de EE.UU. ha estado engañando a la opinión pública respecto del régimen de Irak, y ha montado un proceso político y de relaciones públicas, que acompañase los preparativos y la misma campaña militar. El objetivo era apoderarse del petróleo de Irak, mientras la opinión pública y el debate político se centraban en “otras cosas” (por ejemplo la caída y captura de S. Hussein; la supuesta existencia de “armas de destrucción masiva” que representaban una “amenaza inminente” para Israel y EE.UU.).

Dado que la producción nacional de petróleo de EE.UU. continúa apenas estable y más bien tiende a declinar, y se agotará en breve tiempo; dado que la demanda petrolera sigue aumentando; dada además la importancia de controlar el petróleo para “ejercer influencia decisiva” sobre *todas* las regiones y países; y dado el *agravamiento* incontenible de los colapsos ecosociales (la administración Bush II oculta información al público —incluyendo la comunidad científica— sobre el calentamiento mundial, y otros aspectos del colapso ecológico, por ejemplo); *el ejecutivo de EE.UU. ha decidido hacerse con el control de todo el petróleo del mundo. Es parte de las llamadas “guerras de recursos”. En el caso de EE.UU., el control del petróleo mundial se torna estratégicamente crucial, por el colapso del dólar y la emergencia del euro como moneda de reserva mundial.* (Cf. Klare, 2001; Duncan, 2003; Heinberg, 2003; Arnold, 2002).

En mayo del 2001 —apenas cuatro meses antes de los ataques del 11 de setiembre—, el vicepresidente Cheney

presentó su Política Energética Nacional. Se trata de una propuesta congruente con la historia de EE.UU., en la que señala que ese país, al momento importaba el 60 por ciento del petróleo que consumía, y estimaba que para el año 2020 esas importaciones representarían el 90 por ciento del consumo nacional. El referido informe señala que en el año 2000 EE.UU. consumió energía equivalente a 100 trillones de BTUs (“cuadrillones” en inglés), y estimaba que para el año 2020 ese consumo alcanzaría casi 130 trillones (un incremento del 30 por ciento). Ahora bien, la producción nacional de EE.UU. estaba en unos 70 trillones anuales en el 2000, y para el 2020 alcanzaría los 75 trillones. Consecuentemente, el déficit general de importación energética pasaría, de unos 30 trillones en el 2000, a unos 55 trillones, equivalente a casi el 45 por ciento del consumo. Según Klare (2002), de acuerdo con esta previsión del gobierno de Bush II, EE.UU. debe inmiscuirse en los asuntos políticos, económicos y militares de los países ricos en petróleo. Advierte que la ingerencia puede adquirir formas financieras o políticas, pero siempre va a requerir de acciones militares.

Según la Agencia Internacional de Energía (AIE), la dependencia petrolera en América del Norte pasará, del 45 por ciento en 1997 al 53 en el 2020; la de Europa del 53 al 79 por ciento; la de Asia Oriental (sin la R. P. China) de 54 a 90 por ciento; la de la R. P. China del 22 al 77 por ciento; y la de la India del 57 al 92 por ciento. Es decir, el consumo mundial pasará de 75 millones de barriles de petróleo en el 2000, a 115 millones de barriles en el 2020 —de los cuales los miembros de la OPEP producirán al menos 60 millones¹⁴.

Volviendo al informe Cheney, estima que los productores del Golfo Pérsico “seguirán siendo centrales para

¹⁴ *World Energy Outlook 2000*.

la seguridad mundial petrolera”. También estima que esos países contienen unos 675 millardos de barriles de petróleo, equivalentes a dos tercios de las reservas mundiales. Arabia Saudita e Irak poseen los principales yacimientos —los de Irak han estado en condición de “reserva” desde la guerra de Bush I hasta la toma del país por Bush II.

Con esta política energética y petrolera, la administración Bush II ha reiniciado el objetivo nixoniano de lograr la “independencia” energética de su país. Esto quiere decir, por una parte producir suficiente energía para no depender de nadie (lo que implica otros y nuevos tipos energéticos); por la otra parte, controlar las fuentes de energía del mundo entero, sobre todo el petróleo. Un analista señalaba, a finales del 2003, que:

“Lo que es novedoso es cuán sistemáticamente está persiguiendo el objetivo la administración Bush (II; ESF), peinando la tierra en búsqueda de aprovisionamiento en Rusia, el Mar Caspio, África Occidental, las aguas profundas del Atlántico, o donde sea”. (J. Barry, 2003, 18).

Arabia Saudita es el país más importante del mundo, en términos de producción de petróleo. Sus reservas representan una cuarta parte del total mundial (unos 265 millardos de barriles), y el gobierno de EE.UU. estima que debe aumentar su producción, de 11.4 millones de barriles diarios en el 2000, a unos 23.1 millones de barriles diarios en el 2020 (Klare, 2002). El gobierno de EE.UU. esperaba que ese fabuloso aumento en la producción saudita, lo llevaran a cabo las compañías petroleras metropolitanas. A partir de la guerra contra Irak de Bush I, Arabia Saudita está prácticamente bajo control militar de EE.UU.

Por otra parte, el control de Irak permitiría a EE.UU. emprender una política diferente con Arabia Saudita, menos “dependiente” de la casa real y otros “compromisos” de EE.UU. —por ejemplo: después del 11 de setiembre del

2001, los familiares de Ben Laden que residían en EE.UU., pudieron salir sin ningún problema y nunca fueron interrogados por agentes políticos, judiciales, de “inteligencia”, policiales o militares.

Por su parte, Irak tendría reservas de por lo menos 112 millardos de barriles de petróleo; y él solo podría abastecer las necesidades de importación de EE.UU. durante los próximos veinte años.

Luego, en el Asia Central se estiman reservas de hasta 235 millardos de barriles de petróleo. Los productores africanos de petróleo (sobre todo Nigeria, Angola, Sudán, Guinea Ecuatorial y todo el Golfo de Guinea) generaron el 10 por ciento de la producción mundial en el 2000, y EE.UU. espera que produzcan hasta un 13 por ciento de ese total. Nigeria producía 900.000 barriles de petróleo diarios en el 2000, y EE.UU. espera que aumente su producción a 1.800.000 en los próximos veinte años. Similarmente, espera que las reservas de ese país se incrementen un 50 por ciento hacia el 2012. De América Latina, Venezuela es el tercer proveedor de EE.UU. —que no importa mucho desde el Golfo Pérsico—, México el cuarto, y Colombia el sétimo. EE.UU. estima que la producción de petróleo en Brasil puede alcanzar los 4 millones de barriles diarios hacia el año 2020. Colombia (donde los oleoductos son controlados y vigilados por fuerzas de EE.UU.) y Ecuador también deberán aumentar su producción; México y Canadá siempre podrían aumentar mucho su producción “si EE.UU. lo necesitase”. Todos los países de la región —incluyendo los de la cuenca caribeña y Centroamérica— son actualmente objeto de interés petrolero de compañías y del gobierno de EE.UU. Los países que se nieguen a “colaborar” son amenazados con represalias —por ejemplo en Costa Rica, desde que el gobierno, por presiones populares, se vio obligado a rescindir los contratos con la transnacional petrolera

Harken, del grupo Bush, se continúan recibiendo amenazas del representante comercial de EE.UU., el Sr. Zoelnick, con quien el país ha estado “negociando” un tratado de “libre comercio”.

Es que, las áreas donde se prevén las “guerras por los recursos” del futuro, también son las regiones definidas por EE.UU. como estratégicas para obtener petróleo y gas natural: Medio Oriente, Asia Central, África, y América Latina. Es decir, *el petróleo es el recurso más militarizado del mundo; EE.UU. “teje” a su alrededor (producción, transporte, comercialización, procesamiento, distribución, etc.), una parte esencial de su aparato y estrategia militares.* En las doctrinas estratégicas, solamente por medios militares es posible controlar el petróleo; y solamente controlando el petróleo dispondrá EE.UU. de un “arma económica” contra sus adversarios europeos —cada vez más poderosos económicamente—; y contra regiones y potencias emergentes (sobre todo la R. P. China y la India), que en la actualidad aumentan, y en el futuro próximo aumentarán dramáticamente, sus importaciones de petróleo.

VII. Conclusiones

La guerra contra el terrorismo de EE.UU. tiene como primer objetivo garantizarle a ese país (empresas y estado), una hegemonía mundial indiscutible y, en segundo término, asegurarle el control del petróleo medio oriental y del Asia Central, así como de África y todo el continente americano. De esta manera, tanto la UE como Japón y notoriamente la R. P. China y la India, quedarían a merced de las políticas exterior y petrolera norteamericanas. La estrategia busca compensar la expansión de la UE hacia el Este (la UE de los 25), y la emergente alianza “alternativa” (grupo encabezado por la R. P. China, India y Brasil). Contra esa política de

Washington actúan, entre otras, las presiones económicas. Es decir, las dinámicas que impulsa la dirigencia (políticoempresarial) de EE.UU. conducen al siguiente dilema: el aparato militar es el instrumento disponible para garantizarse una hegemonía planetaria (“mantener e incrementar superioridad militar”), incluyendo el control del petróleo. Pero, con el financiamiento de la carrera armamentista incurre en crecientes déficit presupuestarios, fiscales y comerciales. Para enjugar esos déficit se devalúa el dólar (como ya se hiciera durante la década de 1970), esperando que un repunte en las exportaciones y un abaratamiento de la producción nacional en el mercado interno, le permitan crecer lo suficiente como para enjugar esos déficit. Esto, sin embargo, abarata el precio del petróleo para sus competidores económicos y para los países productores. La OPEP reacciona disminuyendo la producción de manera de subir el precio “real” del petróleo, y pese a la ocupación de Irak se acentúa la tendencia que busca equiparar o reemplazar al dólar como moneda de reserva, por el euro. El aumento en los precios del petróleo beneficia directamente al equipo que controla el poder ejecutivo en Washington por sus vínculos empresariales, pero afecta negativamente la economía de EE.UU. y a otras economías dolarizadas, pero no tanto a la UE (por la revaluación del euro frente al dólar). Más bien, el crecimiento hacia el Este de la UE y la devaluación del dólar, generan una creciente consolidación del euro como moneda de reserva mundial, pese a que a principios del 2004 solamente un poco más del 20 por ciento de las divisas y recursos de reserva se encuentran en tal denominación. Esto resulta en que países de la misma “esfera de influencia directa” de EE.UU., como los del MERCOSUR, ya mantengan un porcentaje significativo de sus reservas en euros.

La guerra en Irak y la limitación de la oferta han encarecido el petróleo durante la campaña electoral en EE.UU. en 2004. El alza se debe a los especuladores. Pero no hay "atención" a las ganancias que obtienen varios ministros y el mismo presidente, con el petróleo caro.

Los regímenes e instituciones públicas internacionales resultan deteriorados y desprestigiados, como resultado de las posturas *unilateralistas* que debe adoptar la administración Bush II, como *última forma de compensar los efectos negativos actuales, del dilema económico del dilema de la seguridad, articulados ambos alrededor del acaparamiento, el (ab)uso y el (des)control de la energía — el petróleo y, cada vez más, el agua.*

La relación estrecha entre guerra y petróleo ha sido remozada una vez más. La administración Bush II, en boca de su ministro de energía ubica la problemática como parte de su "guerra contra el terrorismo":

"Los terribles ataques terroristas del 11 de setiembre en Nueva York y Washington, así como las consecuentes acciones militares y diplomáticas que se están llevando a cabo, le han dado un sentido de importancia a la seguridad energética de nuestra nación. De repente hemos visto con mayor claridad la urgencia de garantizar la estabilidad de nuestros suministros de energía. Y es que hay un vínculo fundamental entre nuestra seguridad nacional y nuestra seguridad energética". (Spencer, 2001).

BIBLIOGRAFÍA

Alí, T. *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yihads y modernidad*. Trad. M. Corniero. Madrid: Alianza Editorial, 2002.

Amín, S. "La estrategia del puño invisible". *Voces y Culturas*. N° 15, primer semestre (2000:73-76).

Anderson, J. *et al. Medio Oriente: los traficantes del petróleo*. Buenos Aires: Ed. La Flor, 1974.

Arnold, D. A. *The Great Bust Ahead; The Greatest Depression in American and UK History is Just Several Short Years Away*. U.S.: Vorago Bks., 2002.

Barry, J. "Mideast oil: What's the alternative?" *Newsweek*, Special Edition: Issues 2002-2003. (2002:18-19).

Bellamy-Foster, J. "Imperialism and 'Empire'". *Monthly Review*, Vol. 53, N° 7 (December 2001:1-9).

Bush, G. & Scowcroft, B. A. *World Transformed*. New York: A. Knopf Ed., 1998.

Carton, B. "O petróleo, chave do domínio económico". En S. Amín & F. Houtart, *Mundialização das Resistências. O estado das lutas 2003*. São Paulo: Cortez Editora (2003:215-221).

Chenoy, A. M. "Géopolitique pétrolière en Asie centrale et dans le bassin de la mer Caspienne". *Alternatives Sud*, Vol. X, N° 2 (2003: 91-113).

Cheterián, V. "Un conflicto latente entre Rusia y Estados Unidos por el petróleo de Transcaucasia". En A. Albiñana (Ed.) *Geopolítica del caos*. Barcelona: Le Monde Diplomatique, (1999:173-183).

Conant, M. A. & Gold, F. R. *Geopolítica de la energía*. Buenos Aires: Ed. Fraterna, 1980.

Deffeyer, K. S. *Hubbert's Peak: The Impending Oil Shortage*. New Jersey: Princeton University Press, 2003.

Degler, C. *Affluence and Anxiety, 1945-present*. Illinois: Scott, Foresman & Co., 1968.

Duncan, R. *The Dollar Crisis: Causes, Consequences, Cures*. Singapore: J. Wiley & Sons, 2003.

Foley, G. *La cuestión energética*. Barcelona: Ed. del Serbal, 1981.

Goodstein, D. *Out of Gas: The End of the Age of Oil*. London: WW Norton Co., 2004.

Gresh, A. "La guerra interminable contra Irak". En A. Albiñana (Ed.) *Geopolítica del caos*. Barcelona: Le Monde Diplomatique (1999:91-102).

Heinberg, R. *The Party's Over: Oil, War and the Fate of Industrial Societies*. New York: New Society Press, 2003.

Houtart, F. "Editorial: Le pétrole dans l'économie et la géostratègique mondiale". *Alternatives Sud*, Vol X. N° 2 (2003:7-20).

Ivekovic, I. "Les États-Unis, l'Irak et la géopolitique du pétrole". *Alternatives Sud*, Vol. X, N° 2, (2003:35-60).

Jalée, P. *El imperialismo en 1970*. México, D. F.: Siglo XXI Eds., 1977 (4ª Ed.).

Kash, D. E. & Rycroft, R.W. *U.S. Energy Policy. Crisis and Complacency*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1984.

Keohane, R. O. *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*. New Jersey: Princeton University Press, 1984.

_____ *Después de la hegemonía. Cooperación y discordia en la política económica mundial*. Trad. M. Rosenberg. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.

Klare, M. "La nueva estrategia militar de Estados Unidos". En A. Albiñana (Ed.) *Geopolítica del caos*. Barcelona: Le Monde Diplomatique (1999:33-40).

_____ *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*. New York: Metropolitan Books, 2001.

Mandel, E. & Jaber, S. *Capital financiero y petrodólares: acerca de la última fase del imperialismo*. Barcelona: Ed. Anagrama, 1975.

Myers Jaffe A. & Manning, R. A. "The Shocks of a World of Cheap Oil". *Foreign Affairs*, Vol. 79, N° 1, January-February (2000:16-29).

Pean, P. *Petróleo: Tercera Guerra Mundial*. Caracas: Monte Ávila Eds., 1974.

Pérez Alfonso, J. P. *Política petrolera*. Caracas: Imprenta Nacional, 1962.

Rama, C. "El diferencial energético en la crisis". En I. Minian (Ed.) *Transnacionalización y periferia semindustrializada*. Tomo II. México, D. F.: CIDE (1984:67-81).

Roy, O. "Talibanes: *sharí*a más gasoducto". En A. Albiñana (Ed.) *Geopolítica del caos*. Barcelona: Le Monde Diplomatique (1999:221-228).

Saxe Fernández, E. *La nueva oligarquía latinoamericana: ideología y democracia*. Heredia: EUNA, 1999.

Saxe-Fernández, J. *Petróleo y estrategia. México y Estados Unidos en el contexto de la política global*. México D. F.: Siglo XXI Eds., 1980.

Schulzinger, R. D. *American Diplomacy in the Twentieth Century*. New York: Oxford University Press, 1984.

Spencer, A. "Seguridad nacional y seguridad energética". *El Nuevo Herald*, Miami, 17 de noviembre, 2001. www.miami.com/elnuevoherald

Tablada, C. & Hernández, G. *Petróleo, poder y civilización*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2003.

Turner, L. *Oil Companies in the International System*. London: Allen & Unwin, 1978.

Vargas, O-R, "Petróleo... Petróleo". En O-R Vargas *et al.*, *La guerra contra Irak*. Nicaragua: CEREN, (2003:47-91).

Zorzoli, G. B. *El dilema energético*. Madrid: Blume Ed., 1981.



Impreso por el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, en el mes de octubre del 2004.

La edición consta de 250 ejemplares,
en papel bond y cartulina barnizable.

0594-4—PUNA